

EL CLUB DE LOS OCHO



ra convertirse en reinante, le llega demasiado tarde, es decir, cuando ya no tiene remedio su error de haber confiado sus intereses, en los momentos más delicados, a la clase gobernante. La historia de los miop-

pes gobiernos que preceden a las revoluciones lo confirma.

El G8 no sabe el alcance de su compromiso. Ayer con la paz en los Balcanes; hoy con los alimentos envenenados. El apogeo por el apogeo, como el arte por el arte, anuncia el comienzo de la decadencia. No era necesario humillar tanto a la Unión Europea y a la ONU. El club de los ocho, para dar una salida no vergonzante a la OTAN, se ha puesto tales ínfulas wagnerianas en la cabeza que a partir de ahora no pueden más que calentársela. El poder no se ha movido de sitio. Pero lo que parecía ser un signo de potencia imperial estadounidense, la autonomía de la OTAN, el club privadísimo de los ocho lo ha convertido en un signo de decadencia. EE.UU. pierde en soberbia lo que los otros seis más Rusia ganan en vanidad.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EUROPA SE MUERDE LA COLA

El espía J.B. ha comenzado a excavar su propio refugio subterráneo y le ha aconsejado a Juan Bravo que haga lo propio. Se puso el casco de combate nada más regresar de una reunión con sus colegas europeos y dice que la guerra no ha terminado. No se refiere a los problemas de los Balcanes. Le preocupa lo que se empeña en llamar «guerra alimentaria», en la que sitúa a los norteamericanos en un bando y, en el contrario, a los aliados europeos de la OTAN.

Para el espía está muy claro el malestar, por no hablar del franco cabreo, que se respira en los servicios de información europeos con los «daños colaterales». Quedaron como inútiles ante sus jefes por asuntos

como el «error» de los misiles contra la embajada china en Belgrado y prometieron que no les volverían a sorprender con la guardia baja.

Suena a película de intriga, de esas de la guerra fría, pero J.B. insiste en que hay tener en cuenta cómo se suceden los acontecimientos: nace el euro, estalla la guerra, se arrasa Yugoslavia y hay decenas de miles de refugiados. Se logra la paz y EE.UU. quiere rematar la jugada inundando Europa con sus carnes hormonadas y bananas del Caribe. Una campaña triunfal que ha sufrido ahora su primera derrota con el revés de la Coca-Cola. ¿Seguirá la guerra?

Juan BRAVO



Carlos PARÍS

UNAMUNO OBJETO DE AMOR

¿Pudo ser alguna vez el sujeto —y subjetivista, egocéntrico— Miguel de Unamuno convertido en objeto? Y, más aún, no en objeto de estudio en los numerosos libros, como el que yo mismo he dedicado a mi ilus-



tina, se dirigió por carta a Unamuno pidiéndole orientaciones bibliográficas para su tesis doctoral sobre el espíritu científico. Y a partir de este momento —y de la correspondiente respuesta unamuniana— se lanza Delfina a una

obsesante redacción de epístolas en que de la relación discipular y admirativa se pasa a la más crecientemente encumbrada expresión de amor. Que culmina cuando Delfina se imagina, de un modo totalmente ficticio, que el escritor bilbaíno le corresponde, y dedica poemas de amor al cuerpo de Unamuno, soñando en la unión física con él. Poemas literariamente muy estimables, pues Delfina, no solamente era profesora sino poeta, escritora y aficionada a la pintura y al canto.

Asistimos a una realización totalmente imaginaria, porque lo singularísimo de esta relación es su carácter no sólo distante, sino absolutamente asimétrico, unilateral. No nos han llegado las respuestas epistolares de Unamuno, pero sí aparece clara la actitud de rechazo por parte de don Miguel, absolutamente monógamo, apegado a su Concha, su «costumbre», Unamuno, un hombre nada feminista, que percibía a la mujer sólo como madre de sus hijos y de él mismo, reducida a su reinado en el ámbito doméstico, como «andreetxa». Y ello se revela rotundamente en las hirientes frases que dedica en «Cómo se hace una novela» a la visita que Delfina le hizo en su destierro en Fuerteventura y Francia, contraponiendo ambas personalidades femeninas y aludiendo despectivamente a la «mujer de letras» que vino a visitarle, y a quien atribuye injustamente intenciones de notoriedad que no eran nada reales.

Era Delfina madre de familia, casada con un profesor de literatura, profesora, ella también, y escritora. Estamos en presencia de una mujer que podía encontrarse perfectamente realizada en su ámbito cotidiano, respecto al cual no trasciende queja alguna en sus cartas-confesiones. Pero en lo más íntimo de su ser le animaba una voluntad de superación, de perfeccionamiento ideal, que le impulsaba más allá de su entorno inmediato y, además, poseía una desbordada fantasía. Todo ello cristalizó en la creación de este mundo imaginario de amor hacia un Unamuno recreado y construido al gusto de su enamorada y materializado, sólo, en las encendidas cartas y en el fugaz y frustrante encuentro con el Unamuno real, de «carne y hueso». Delfina vivió lo más gratificante de su existencia refugiada en un mundo de ilusiones, palabra que no se le escapa en algún momento y que posee tantas connotaciones freudianas. Su epistolario constituye, sin duda, una importante documentación para el estudio psicológico, para las relaciones entre amor y fantasía, especialmente en el alma femenina. Y desde el punto de vista del objeto de este amor, de Unamuno, nos conduce a la preocupación de don Miguel, por la alienación a que somos sometidos, cuando otros traen y llevan nuestra imagen. Nos roban nuestro ser. Algo que podríamos llamar nuestra «circum-historia». Y que en su caso se levantó a llenar toda una singularísima vida de mujer.